

II Domingo Adviento

Isaías 11: 1-10; Romanos 15, 4-9; Mateo 3, 1-12

«Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos»

5 Diciembre 2010 P. Carlos Padilla Esteban

“JUZGARÁ A LOS POBRES CON JUSTICIA, CON RECTITUD A LOS DESAMPARADOS”

Hace poco hemos escuchado hablar de la llamada generación zombi. Se refiere a esos jóvenes que, según una encuesta, no viven la vida sino que la vida los acaba viviendo a ellos. Decía un artículo: “*La mitad de nuestros jóvenes no tienen confianza en el futuro; la mayoría sufre de apatía social y no tienen objetivos en la vida*”. Al leer esta descripción no sólo pensaba en algunos jóvenes, sino también en muchos adultos. En muchos que no quieren vivir de verdad sino que se contentan con sobrevivir en este mundo. Pensaba en tantos que ya no se scandalizan ante el mal o el pecado y ya no creen en la verdad o en el amor. Ante tantos que consideran que todo está bien, mientras no nos molesten, con tal de que no se metan en nuestra vida. Pensaba en tantos que han dejado de soñar porque no esperan nada nuevo, porque han dejado de creer en los cambios. Pensaba en la inseguridad que invade muchos corazones al pensar en el futuro, al mirar hacia delante en medio de la oscuridad. Pensaba en los que no quieren esforzarse por vivir y sólo sueñan con el descanso y el disfrutar de la vida. Pensaba que esa generación zombi no sólo afecta a nuestros jóvenes, nos puede afectar a todos. Porque lo que se pierde con ese espíritu es lo que es más propio de los jóvenes: la capacidad para soñar, el deseo de cambiar el mundo y la fuerza para sacrificarse por un ideal más alto. En definitiva, si pertenecemos a esa generación, dejaremos de creer en la conversión del corazón. **Ningún joven debería conformarse con tan poco, ningún adulto, con espíritu joven, debería sentirse identificado con este espíritu zombi que nos quiere arrastrar.**

Hoy justamente el protagonista no es un zombi, sino UN SANTO LLAMADO JUAN BAUTISTA, un hombre soñador y lleno de ideales: “*Por aquel tiempo, Juan Bautista se presentó en el desierto de Judea, predicando*”. Juan fue un enamorado de Dios y buscó en el desierto sus huellas: es el “*profeta del Altísimo, que irá delante del Señor preparándole el camino*” (Lc 1,76). Es el hombre pobre que sueña con grandes cosas: “*Juan llevaba un vestido de piel de camello, con una correa de cuero a la cintura, y se alimentaba de saltamontes y miel silvestre*”. Comenta **S. Jerónimo su indumentaria:** “*Tenía el vestido de piel de camello y no de lana, porque es señal de penitencia austera*”. Come lo que encuentra y muestra ese testimonio radical de vida. No se conforma, no se pone en el centro. Su humildad es manifiesta en su pobre apariencia, pero sus palabras tienen fuego: «Convertíos, porque está cerca el reino de los cielos.» Su mensaje es radical y, sin embargo, lo buscan porque sus palabras y su vida arrastran por su fuego: “*Y acudía a él toda la gente de Jerusalén, de Judea y del valle del Jordán; confesaban sus pecados; y él los bautizaba en el Jordán*”. Llegan a él buscando un nuevo camino, muchos quieren cambiar de vida. Quieren respuestas porque no están contentos con su forma de vivir. ¡Cuántos zombis de hoy sienten lo mismo en el fondo de sus corazones! No les exige a todos llevar piel de camello, pero sí les pide la conversión, una nueva forma de vida allí donde Dios los ha puesto. No obstante, muchos no llegaron hasta el Jordán donde Juan se encontraba. Se quedaron adormecidos o pensaron que era demasiado exigente ese santo del desierto. Sabemos que el camino es largo hasta el encuentro de aquél que nos puede cambiar la vida. **Ponernos en camino es difícil, tal**

vez demasiado difícil. Vivir sin querer cambiar es lo más fácil en esta vida.

Sin embargo, en este tiempo de Adviento, nosotros sí queremos cambiar. Para empezar el camino es necesario ESCUCHAR UNA VOZ Y COMPRENDER UNA PALABRA: "Éste es el que anunció el profeta Isaías, diciendo: «Una voz grita en el desierto: "Preparad el camino del Señor, allanad sus senderos." Dice S. Juan Crisóstomo: "La palabra es sólo propia de los hombres y manifiesta el misterio del corazón, pero la voz es común a los hombres y a los animales. Por eso Juan se llama voz y no palabra, porque por su medio Dios no manifestó sus disposiciones sino tan sólo su intención de hacer algo en beneficio de los hombres". Y añade S. Gregorio Magno: "Sabemos que la voz suena para que la palabra se pueda oír".

Es necesaria la voz para que se pueda entender la palabra. A nosotros, sacerdotes, nos toca muchas veces ser esa voz en el desierto. Pero no sólo a nosotros, más bien a todo aquel que ha dejado de ser un "consumista religioso" para convertirse en un "apóstol". Lo importante de esa voz no es la voz misma, sino la palabra que contiene: Cristo. Lo importante no es lo que decimos, ni tampoco si muchos nos escuchan. Nosotros sólo señalamos a Cristo en el camino, la luz en la oscuridad. Los importantes no somos nosotros, sino la vida que da Dios a los que le siguen. La voz es nuestra voz, pero la palabra es de Dios. Es la voz de los cristianos que queremos anunciar la esperanza que nos mueve. Es la voz de los que quieren decirle al mundo que hay esperanza, que se puede creer, que es posible vivir de forma diferente. Es la voz de los que esperan y creen. Es la voz de los que no claudican ante las dificultades de la vida, que no se desesperan, ni huyen de la batalla. Es la voz de la Iglesia perseguida muchas veces y no por ello escondida. Es la voz de los cristianos que dan un testimonio de santidad con sus vidas, más que con sus palabras. Es la voz del que cree que la vida es más que lo que nos quieren vender y que no se puede destruir en ningún momento. Es la voz de los que sueñan y se levantan en la lucha, en las derrotas y en las batallas perdidas. La voz de los que luchan en la enfermedad por seguir viviendo, aunque ya casi no les quede voz. **Es la voz de los que esperan contra toda esperanza, porque creen en los milagros, porque no se dan por vencidos.**

Pero la voz sólo tiene sentido si pronuncia la palabra verdadera. Los gritos huecos no tienen vida, la voz sin contenido se pierde en el desierto. **¿Cómo son nuestras voces?** **¿Qué transmiten nuestros gritos?** Si nuestra voz está vacía nadie recibirá la verdad que le da sentido a la vida. Decía Santa Teresa de Jesús: "No hables demasiado, que quien mucho habla mucho yerra y da indicios de saber poco". El otro día escuchaba la historia de un padre que hablaba con su hijo y le decía: "Hijo, ¿Oyes ese ruido? Se acerca una carreta vacía". El hijo le preguntó: "¿Por qué sabes que va vacía?" Y él respondió: "Porque hace mucho ruido". El hijo desde entonces se acordaba de la carreta cuando conocía a las personas. Si hablaban mucho y hacían mucho ruido solía ser porque estaban vacías. Que nuestras conversaciones no estén vacías, que los temas que tratemos en familia no muestren un corazón vacío. Sabemos muy bien que, de aquello que habla la boca, está lleno el corazón. Nuestra voz puede estar vacía pero, cuando la llenamos de Dios, es una voz creadora, como la de Juan Bautista. Nuestra voz puede levantar al caído y sanar al herido. **Nuestra voz, llena de Aquel que es la Palabra, transforma el mundo.**

Por eso creemos en EL EFECTO TRANSFORMADOR DE NUESTRAS PALABRAS. Hace poco leía sobre el llamado efecto Pigmalión: "Aquellos que creemos y esperamos de alguien con toda nuestra confianza, hace que esa persona no nos defraude y convierta en realidad nuestras expectativas"¹. Es la capacidad para hacer crecer en alguien aquello que todavía no tiene. Una experiencia que aclara el efecto de nuestra fe en las capacidades de las personas se hizo en un centro educativo. En él, al comienzo del curso, se le dijo al profesor que, después de unas pruebas que se habían hecho, había cinco chicos que eran los más

¹ Bernabé Tierno, "Sabiduría esencial", 116

capacitados intelectualmente. Al final del curso, esos chicos, señalados como los más brillantes, habían obtenido las mejores calificaciones. Lo cierto es que nunca se habían hecho tales test sobre sus capacidades. Pero la fe y dedicación del profesor con estos alumnos tuvo una fuerza creadora. Sus palabras de aliento y su amor despertaron la vida en ellos. Las palabras que les decimos a las personas que queremos construyen o destruyen, siembran o arrasan. El mismo efecto positivo de las palabras, gracias a nuestra confianza y nuestra fe, puede llegar a ser destructivo cuando no creemos en lo que el otro puede llegar a lograr. Podemos construir la autoestima de los que nos rodean o echarla por tierra. La palabra, siempre que está llena de Dios, tiene un efecto creador. La voz llena de fe en el otro, en sus talentos y cualidades, lo hace capaz de lograr aquello que parece imposible. Un artículo sobre los jóvenes zombis decía: “*No confían en las capacidades del ser humano, y desprecian los valores que los ponen en contacto con la sociedad*”. No creen en la posibilidad de cambiar ellos y, menos todavía, el mundo que los rodea. No creen en la fuerza creadora de la palabra que enaltece. **Sin embargo, la voz de Juan en el desierto logró la conversión de muchos, gracias a la fe que llevaba en su alma.**

EL ADVIENTO ES UN TIEMPO DE ESPERANZA porque comienza un tiempo nuevo. Es el primer mensaje de Juan Bautista. Dice **S. Juan Crisóstomo:** “*El Bautista se presenta desde el primer momento como el embajador de un rey benigno, prometiendo el perdón sin proferir amenazas. Los reyes suelen conceder indulgencia en todo su reino cuando les nace un hijo, pero antes envían pregoneros*”. Isaías nos deja estas palabras de esperanza y de perdón. Describe el mundo que soñamos y nos parece imposible: “*Aquel día, brotará un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el espíritu del Señor: espíritu de prudencia y sabiduría, espíritu de consejo y valentía, espíritu de ciencia y temor del Señor. Le inspirará el temor del Señor. No juzgará por apariencias ni sentenciará sólo de oídas; juzgará a los pobres con justicia, con rectitud a los desamparados. Herirá al violento con la vara de su boca, y al malvado con el aliento de sus labios. La justicia será cinturón de sus lomos, y la lealtad, cinturón de sus caderas. Habitará el lobo con el cordero, la pantera se tumbará con el cabrito, el novillo y el león pacen juntos: un muchacho pequeño los pastorea. La vaca pastará con el oso, sus crías se tumbarán juntas; el león comerá paja con el buey. El niño jugará en la hora del áspid, la criatura meterá la mano en el escondrijo de la serpiente. No harán daño ni estrago por todo mi monte santo: porque está lleno el país de ciencia del Señor, como las aguas colman el mar. Aquel día, la raíz de Jesé se erguirá como enseña de los pueblos: la buscarán los gentiles, y será gloriosa su morada*”.

Isaías 11: 1-10. Es la imagen del paraíso que se hará realidad cuando hayamos acogido a Cristo en nuestras vidas.

Frente a la descripción de Isaías, tenemos la visión que hoy ofrece el mundo. Es un mundo que vive crispado y sin esperanza. Más todavía después de que ayer en España se anunciara el estado de alarma por la huelga de los controladores aéreos. La crisis y la inseguridad no dan paz al corazón del hombre. En la encuesta realizada a la juventud, de la cual se toma el nombre de generación zombi, se ve reflejada la poca esperanza que tienen los jóvenes en el futuro. No pueden hacer nada porque no creen que nada pueda cambiar. Ya no luchan. La necesidad de cambiar sólo surge en un corazón lleno de esperanza. La utopía cristiana de la primera lectura es posible si el corazón no deja nunca de soñar. No es fácil, porque nos resistimos a creer. Más aún en el tiempo de incertidumbre que vivimos marcado por tanta crisis. Decía el **P. Kentenich:** “*Frente a esta incertidumbre hay sólo una respuesta: ¡preocupaos de que vuestros hijos sellen una alianza de amor con María! Ésa es la gracia más grande que podemos recibir. Puedo confesaros que desde que yo mismo he comprendido este misterio, mi única tarea se ha convertido en conducir incansablemente a María a cuantos Dios pone en mi camino*”². Nosotros creemos que en María podemos colocar nuestra inseguridad y nuestros miedos. Sabemos que es difícil ser

² J. Kentenich, Nueva Helvecia, 1948

optimista ante datos pesimistas. Sin embargo, nuestra certeza es clara: el único camino es anclarlos en María y anclar en Ella a los que Dios nos ha confiado. Es la única forma de descargar nuestra inseguridad, la única forma de descansar de verdad. Es el camino para mirar con los ojos de Dios y encontrar, como Isaías, el cielo aquí en la tierra, el amor en el odio y la verdad en la mentira. **Es la forma de empezar un camino marcado por la luz, dejando la oscuridad y soñando un nuevo día.**

Frente a la desesperanza que ofrece el mundo, S. Pablo nos habla de la esperanza que Dios nos regala: “*Todas las antiguas Escrituras se escribieron para enseñanza nuestra, de modo que entre nuestra paciencia y el consuelo que dan las Escrituras mantengamos la esperanza. Que Dios, fuente de toda paciencia y consuelo, os conceda estar de acuerdo entre vosotros, según Jesucristo, para que unánimes, a una voz, alabéis al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. En una palabra, acogeos mutuamente, como Cristo os acogió para gloria de Dios. Quiero decir con esto que Cristo se hizo servidor de los judíos para probar la fidelidad de Dios, cumpliendo las promesas hechas a los patriarcas; y, por otra parte, acoge a los gentiles para que alaben a Dios por su misericordia*”. Romanos 15, 4-9. Es la esperanza del que conoce la fidelidad de Dios y sabe que Dios siempre nos sostiene en la tormenta y en los peligros. **Es la esperanza que hace brotar del corazón del hombre la alabanza y el canto de júbilo.**

Juan el Batista nos llama este domingo A UN CAMBIO DE VIDA, A LA CONVERSIÓN DEL CORAZÓN. No tolera la incoherencia de los hombres, y por eso pide **EL ARREPENTIMIENTO:** “*Al ver que muchos fariseos y saduceos venían a que los bautizara, les dijo: « ¡Raza de víboras!, ¿quién os ha enseñado a escapar del castigo inminente? Dad el fruto que pide la conversión. Y no os hágais ilusiones, pensando: "Abraham es nuestro padre", pues os digo que Dios es capaz de sacar hijos de Abraham de estas piedras!*”. Y recuerda la necesidad de cambiar de vida: “*Ya toca el hacha la base de los árboles, y el árbol que no da buen fruto será talado y echado al fuego*”. Por eso nos dice **S. Agustín:** “*El que no se arrepiente de su vida pasada no puede emprender una nueva*”. El comienzo de una nueva vida es el arrepentimiento verdadero y el deseo de no volver a la vida pasada. Puede que ese deseo dure poco o pierde fuerza con el paso de los días. Por eso el Adviento es el momento para volver a luchar, para gritar con fuerza que no queremos seguir como hasta ahora. **Juan ofrece el bautismo como camino de conversión, el agua que purifica. Cristo nos perdona para que podamos iniciar un nuevo camino con el corazón renovado.**

El arrepentimiento surge del deseo del hombre de iniciar un nuevo camino. Dice el **Salmo:** “*Que en sus días florezca la justicia, y la paz abunde eternamente. Dios mío, confía tu juicio al rey, tu justicia al hijo de reyes, para que rija a tu pueblo con justicia, a tus humildes con rectitud. Él librará al pobre que clamaba, al afligido que no tenía protector; él se apiadará del pobre y del indigente, y salvará la vida de los pobres. Que su nombre sea eterno, y su fama dure como el sol: que él sea la bendición de todos los pueblos, y lo proclamen dichoso todas las razas de la tierra*”. Sal 71, 1-2. 7-8. 12-13. 17. El primer paso es reconocer que solos no podemos cambiar. El primer paso es querer cambiar porque nos arrepentimos de la vida que llevábamos hasta ahora. Aquellos que llegaban hasta Juan querían seguirle y empezar un nuevo camino. Miraban a Dios y descubrían que Él era el único protector, el que salvaba a los pobres y el que levantaba a los débiles. El arrepentimiento surge cuando nos damos cuenta de nuestro poco amor, de nuestra falta de fe y confianza. Así surge el deseo de cambiar en nuestra vida. Sin embargo, muchas veces este deseo está ausente del corazón. **¿Sentimos hoy la necesidad de cambiar? ¿Hay en nuestra vida campos en los que tenemos que crecer y avanzar?** Es triste cuando llegamos a pensar que nuestra vida está en orden y que no hay nada que mejorar. Pero más triste aún es creer que nunca vamos a poder cambiar. Desconfiamos del poder de Dios y creemos que nada cambia. Como le decía el otro día una niña a su madre: “*Mamá, ¿para qué rezamos si al final Dios hace lo que quiere?*”. No podemos dejar de creer en su poder para hacer milagros, en la fuerza

transformadora de su palabra. **Él puede cambiar incluso aquello en nuestra vida que parece no tener remedio. Puede sanar nuestras heridas y puede cambiarnos de verdad.**

EL CAMBIO ES POSIBLE, sí, tanto el cambio de nuestra propia vida, como el cambio de la vida de las personas a las que queremos. Nuestro amor puede ayudar al cambio; cuando amamos estamos dando la fuerza para el cambio. El amor logra el cambio en el corazón. Si miramos nuestra historia tenemos que aceptar una verdad: siempre hemos recibido más amor del merecido. Sin embargo, no siempre hemos cambiado. Nuestro egoísmo, nuestras mentiras, nuestra falta de alegría, nos alejan del amor que recibimos. La gratitud debería ser el sentimiento presente de forma constante en nuestra vida. Ante tanto amor en nuestra vida, tendríamos que responder con un corazón agradecido. Sabemos que no podemos corresponder al amor recibido. Es la experiencia del límite; cuando nos sabemos débiles e incapaces de amar con toda el alma sólo podemos agradecer por todo lo recibido. Por eso surge el arrepentimiento cuando no nos damos por entero, cuando somos mezquinos. **A partir de entonces, podemos iniciar un camino nuevo, un camino que nos lleve a esa conversión a la que hoy se nos invita.**

Juan bautizaba con el agua del Jordán. El agua tiene esa fuerza purificadora que necesita el corazón: “*Yo os bautizo con agua para que os convirtáis*”. **Comenta S. Gregorio Magno:** “*S. Juan no bautiza en Espíritu sino en agua, porque no podía perdonar los pecados. Lava los cuerpos con el agua, pero no lava las almas con el perdón*”. El bautismo de Juan es el comienzo de la nueva vida. El agua limpia nuestra impureza, nuestra incapacidad para el cambio. Todavía no había llegado el Mesías cuando Juan bautizaba. El agua, su agua, purifica, limpia y permite dar un paso a la esperanza. Después del arrepentimiento necesitamos el agua de Dios. Hoy entendemos que el agua es un signo de la presencia transformadora de Dios en el mundo. El agua trae la vida a la sequedad de nuestro corazón. El agua trae la belleza a la suciedad que a veces nos llena el corazón. El agua permite que nuestro corazón reviva con la esperanza. Hoy suplicamos el agua de Dios, hoy queremos que el agua de su Espíritu nos renueve. **Porque el bautismo de Jesús es con el Espíritu:** “*Pero el que viene detrás de mí puede más que yo, y no merezco ni llevarle las sandalias. Él os bautizará con Espíritu Santo y fuego*”. Y añade **S. Juan Crisóstomo:** “*El bautismo de Jesús no anula el bautismo de S. Juan. Antes al contrario, lo confirma*”. Son tres imágenes que nos hablan de conversión: el agua, el Espíritu y el fuego. **La imagen del fuego es la señal de la llegada de Cristo. Él nos purifica con el fuego de su presencia.**

Todavía una última imagen viene a explicar la importancia de la conversión, es la imagen del viento: “*Él tiene el bieldo en la mano: aventará su parva, reunirá su trigo en el granero y quemará la paja en una hoguera que no se apaga.*» Mateo 3, 1-12. Y aclara S. Juan Crisóstomo la imagen del granero: “*El trigo, después de trillado, permanece confundido con las pajas en un mismo lugar, pero luego se avienta para que se separe de ellas*”. El viento quita la paja de nuestra vida y limpia lo central, elimina lo superfluo y deja lo valioso. ¡Cuánta paja hay en nuestro corazón! ¡Cuántas cosas que tenemos que hacer desaparecer porque nos sobran! Nos tendría que obsesionar acabar con lo que no es de Dios en nuestra vida, con tanta superficialidad y pecado. Por eso el Adviento es el tiempo para anhelar una vida más grande, porque los grandes sueños y los grandes ideales son los que nos levantan por encima de nuestra tibiaza. En el Adviento suplicamos un viento fuerte que arranque de raíz todo lo que sobra en nuestra vida, todo lo que no tiene raíces profundas, todo lo que no es esencial en nuestro corazón. En este segundo domingo de Adviento pedimos la conversión del corazón. Nos cuestan los cambios pero sabemos que hay cosas que no están en orden. Si tuviéramos más fe seríamos capaces de creer en la fuerza creadora de la Palabra de Dios en nuestro corazón. Siempre podemos más, siempre es tiempo para cambiar. **Miremos con honestidad nuestra vida y pidámosle a María que nos enseñe el camino de la verdadera conversión.**